

“RAZONES PARA LA ESPERANZA EN LA VIDA CONSAGRADA HOY”

*Fr. José Rodríguez Carballo, OFM
Arzobispo Secretario CIVCSVA*

1.- Ir más allá de lo que se ve

La realidad va más allá de la realidad, así se expresaba el “alcalde santo” de Florencia, Giorgio La Pira. Sí, la realidad va más allá de lo que se ve con los ojos de la carne.

Muchos se preguntan, a veces con cierta ironía, cuáles son *razones para la esperanza* o cuáles son los *signos de esperanza* o *signos del Reino* que podríamos señalar hoy en la vida consagrada. Es una pregunta clásica. Ya los fariseos se lo preguntaron a Jesús (cf. *Lc 17, 20-25*). A dicha pregunta, Jesús, tal vez un poco desilusionado responde que no habrá grandes signos. Los signos del Reino ya están presentes, pero vosotros, parece decirles Jesús, no sois capaces de verlos y es que los signos del Reino son como el grano de mostaza (cf. *Lc 13, 31-32*).

Las razones para la esperanza, los *signos de vida*, los *signos de esperanza* ya están presentes en la vida consagrada, pero no siempre resulta fácil descubrirlos. Solo pueden ser identificados desde una mirada profunda y llena de fe sobre la realidad que estamos viviendo dentro de la vida consagrada. Y es que, además de ser “pequeños” y presentarse “como susurro de brisa suave” (*1R 19, 12*), con frecuencia dichos signos aparecen de la mano de los *signos de muerte*. Y es que en la vida consagrada no se trata de un *aut aut*, sino de un *et et*. Por eso los *signos de esperanza* más que realidades alcanzadas, son indicadores de un camino que se está revelando prometedor y rico de vida; procesos iniciados que en algunos Institutos van más adelantados, en otros menos. Indicadores de un camino, procesos iniciados que en cualquier caso deben ser evaluados constantemente preguntándonos: ¿estamos caminando en la dirección justa?

Hablar de las razones de esperanza en la vida consagrada hoy es tener la capacidad de ver la realidad más allá de la realidad, más allá de las apariencias, más allá de lo que hace “ruido”. Razón tenía Benedicto XVI y luego el papa Francisco cuando afirmaban: “un árbol caído hace más ruido que un bosque que crece silenciosamente”. El ruido de un árbol que cae, los “signos de muerte” que podamos constatar en la vida consagrada o en la misma Iglesia, no puede impedirnos ver la realidad del bosque que, a pesar de los temporales y huracanes, permanece en pie; los *signos de muerte* no pueden impedirnos ver los *signos de vida* que hay en la vida consagrada y ciertamente en la Iglesia. Los tiempos que atravesamos no son fáciles, pero precisamente por ello son hermosos.

Para ver más allá de lo que se ve es necesario, acercarnos a la realidad de la vida consagrada y descubrir en ella *signos y razones de esperanza*; es necesario acercarnos a ella con empatía y, diría también, con mucho cariño, como algo que viene de la voluntad

misma de Jesucristo. Es necesario contemplarla con los “ojos del corazón”, en expresión de San Francisco de Asís, que son los únicos que nos permiten ver la realidad en profundidad.

Ante la abundancia de los *profetas de desventuras* dentro y fuera de la Iglesia, e incluso dentro de la misma vida consagrada, que llevan anunciando desde hace décadas la muerte de la vida consagrada¹, son necesarios *profetas de esperanza*: hombres y mujeres que levanten los ojos y contemplen los campos “*que ya están dorados para la siega*” (Jn 4, 35). Solo desde esta postura, realmente profética, podemos responder a preguntas como las que se pone san Juan Pablo en *Vita consecrata*:

“¿Para qué sirve la vida consagrada? ¿Por qué abrazar este género de vida cuando hay tantas necesidades en el campo de la caridad y de la misma evangelización a las que se pueden responder también sin asumir los compromisos peculiares de la vida consagrada? ¿No representa quizás la vida consagrada una especie de despilfarro de energías humanas que serían, según un criterio de eficiencia, mejor utilizadas en bienes más provechosos para la humanidad y la Iglesia?”².

Solo desde esta “mirada” llena de *simpatía* por la vida consagrada podremos descubrir el “perfume” de la misma que se expande por toda la Iglesia³.

1.1 ¿Optimismo o esperanza?

Y aquí conviene hacer una aclaración: la esperanza no equivale a optimismo. Éste nace de nuestros *carros y caballos que el Señor se encarga de arrojar en el mar* (cf. Ex 15, 1-4. 8.13. 17-18); de nuestros números, recordemos lo que le pasó a David cuando lo del censo (cf. 2Sam 24, 1ss); de nuestras obras, de nuestros títulos, de nuestra juventud y fuerza. La esperanza, en cambio, nace de una confianza inquebrantable en aquel para el que “*nada hay imposible*” (Lc 1, 37), y de la certeza que si para él nada es imposible, sabiendo de quién nos hemos fiado (cf. 2Tim 1, 12), todo es posible para nosotros “*en aquel que nos da su gracia*” (cf. Fil 4, 13). La esperanza nace de la conciencia de nuestra debilidad, sabiendo que en ella se manifiesta la fuerza de Dios (cf. 2Cor 12, 9). La esperanza nace de la fe en el Dios de la historia (cf. Ex 3, 12)⁴; en el Dios de nuestros padres (cf. Ex 3, 6. 15); en *Yahveh*, el Dios que actuó, actúa y actuará (cf. Ex 3, 14) en favor de su pueblo, en favor nuestro.

En expresión de san Juan Pablo II, los tiempos por los que atraviesa la vida consagrada, como otras formas de *sequela Christi* (piénsese en la familia o en la vida de los presbíteros), son “*delicados y duros*”⁵. Tal vez no es el momento del optimismo, pero precisamente por ello es el momento de la esperanza.

¹ En la *Homilía* del 2 de febrero de 2013, el PAPA BENEDICTO pone en guardia contra los “profetas de desventuras” dentro de las filas de los consagrados.

² JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Vita consecrata, sobre la vida consagrada y su misión en el mundo*, Roma 1996, 104. (En adelante, VC)

³ *Idem*.

⁴ PAPA FRANCISCO, *Exhortación Apostólica. Evangelii gaudium*, Roma, 2013, 111. 113.

⁵ VC, 13.

Concuerdo con cuanto dice Amedeo Cencini: *"Francamente no sé si tenemos delante de nosotros 'una gran historia que nos espera'. En cuanto a la pasada dejemos que sean los otros a calificarla, aunque suscita en mí cierta perplejidad una cierta interpretación un tanto triunfalista de estas palabras, y el hecho mismo que pueden ser leídas superficialmente. A mí, personalmente, me gusta más la invitación, simple y esencial, las palabras que le siguen: 'Mirad hacia el futuro, hacia el cual os empuja el Espíritu'"*⁶. Nuestro tiempo es la gran oportunidad para los *profetas de esperanza*, para aquellos que saben leer la presencia del Señor en la historia y desde esa certeza se aventuran a descubrir el perfume derramado que inunda toda la casa (cf. *Mc* 14, 3-9).

1.2. Tiempos para discernir

La falta de esperanza tiene mucho que ver con la nostalgia por un pasado que ha pasado y no creo que vuelva. Lo que le sucedió a María Magdalena: las lágrimas por un muerto que ya no existe como tal, pues el muerto ha resucitado, le impiden ver la vida que está a su lado (cf. *Jn* 20, 13ss). Por otra parte no es verdad que *"todo tiempo pasado ha sido mejor"*, como unos se empeñan en afirmar; como tampoco es cierto que todo lo nuevo sea mejor o aporte una verdadera y positiva novedad, como piensan otros. Se impone el discernimiento.

El discernimiento *"no es una técnica organizativa, o una moda"*⁷, es esencial para saber lo que viene de Dios y lo que le es contrario (cf. *1Cor* 2, 14-16) y por lo mismo es un elemento esencial para crecer *"en la fidelidad creativa"*⁸. El discernimiento es necesario en el ejercicio de hacer memoria, si queremos que ésta sea *"grata"*, como ya pedía el papa san Juan Pablo II⁹, *"memoria deuteronomica"*, *"memoria fecunda"*, como pide el papa Francisco¹⁰, y no un simple ejercicio de arqueología que nos convertiría en piezas de museo y no en signos proféticos del Reino. Muy acertadamente nos recuerda el papa Francisco: *"los cristianos [mucho más los consagrados] que se quedan en el siempre se hizo así, tienen un corazón cerrado a las sorpresas del Espíritu Santo y no llegarán a la plenitud de la verdad porque son idólatras y rebeldes"*¹¹.

Renunciar al discernimiento es renunciar a crecer en el seguimiento de Cristo, e incluso renunciar a crecer como persona: Quien no practica el discernimiento, *"aunque solo sea elemental, es una persona [o una institución] con una grave carencia. Le falta algo fundamental que no le permite ser madura"*¹². El discernimiento es la gran oportunidad para *"reavivar el don de Dios"* (*2Tm* 1, 6) que está en nosotros. El discernimiento es absolutamente necesario si queremos poner el *"vino nuevo en odres nuevos"* (*Mc* 2, 22). El discernimiento es

⁶ VC 111; CENCINI, AMEDEO, *"Guardate al futuro..."*. Perché ha ancora senso consacrarsi a Dio, Ed. Paoline, 2010, 5.

⁷ PAPA FRANCISCO, *Alocución* al inicio de la XV Asamblea del Sínodo de los obispos sobre los jóvenes, 4 de octubre de 2018.

⁸ Cf. VC, 37.

⁹ JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Novo millennio ineunte*, Roma 2001, 1. (En adelante NMI)

¹⁰ Cf. PAPA FRANCISCO, *La fuerza de la vocación. La vida consagrada hoy*, Ed. Claretianas 2018, 43. (En adelante FV)

¹¹ PAPA FRANCISCO, *Homilía* en Santa Marta, 18 de enero de 2016.

¹² FV, 52.

prioritario si no queremos caminar en la oscuridad, si no queremos ser víctimas de una ideología que mutila el corazón mismo del Evangelio¹³: *“La ideología sea del signo que sea”, es “uno de los enemigos más serios que ha tenido y puede tener la vida consagrada”*¹⁴. El discernimiento, en fin, es necesario si queremos *“interpretar la vida consagrada [...] a partir de sus propias categorías [...], no con categorías prestadas”*¹⁵; si queremos caminar siempre en la presencia del Señor y ser íntegros¹⁶, y recuperar en la vida y misión la frescura del Evangelio.

2.- Algunos signos de esperanza de la vida consagrada hoy

Creo que hablando de razones o signos de esperanza en la vida consagrada hoy, podemos servirnos de una imagen utilizada por Cencini: *“Se han roto las aguas”*. Decir esto es hacer una valoración positiva del momento actual de la vida consagrada. Se ha iniciado un proceso en favor de la vida y de una vida nueva. Mientras unos utilizan imágenes como la del “invierno”, la de “noche oscura”, o la de “ocaso” para hablar de la agonía de la crisis de muerte que está viviendo la vida consagrada, personalmente pienso (y ciertamente no soy el único) que estamos lejos de acercarnos al final de la misma. Lo que es cierto es que estamos asistiendo al final de una determinada vida consagrada, como de un determinado modo de entender la Iglesia. Se trata de un final en vista de un proceso de vida.

Si el Vaticano II es la *“brújula para la Iglesia del siglo XXI”*¹⁷, lo es también para la vida consagrada. Y en este tiempo más allá de las dificultades que se han encontrado, más allá de los errores cometidos en la aplicación del Concilio, estamos viviendo un período rico de experiencias, de tentativas y propuestas innovadoras que han intentado, y en muchos ámbitos lo han conseguido, dar nueva significatividad a la vida consagrada.

En estos años la vida consagrada en su mayoría está trabajando intensamente para poner *vino nuevo en odres nuevos*¹⁸. Son muchos los consagrados que *“están ahí, en el trabajo, metidos en cierta periferia, aunque sea en medio de la ciudad”*. Son muchas *“aquellas personas consagradas que no tienen pretensiones, que no hacen ruido, sino que trabajan sin darse importancia. Los que hacen la teología de la vida consagrada viviéndola, rezándola. Son esas personas que tienen como una humildad esencial: son trabajadores y se toman bien en serio su vida de consagración, ya sea en la enseñanza, en las parroquias, en los hospitales, en las misiones o en cualquier lugar en el que están trabajando al servicio de los demás. Son realmente gente que se despelleja sin mirarse. Lo dan todo a manos llenas”*¹⁹. Seguro que esto es lo que hace que el Papa Francisco, buen conocedor de la vida consagrada y que habla de ella como Sucesor de Pedro y también como hermano nuestro,

¹³ Cf. PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate*, Roma 2018, 100-103. (En adelante GE)

¹⁴ FV, 29.

¹⁵ FV, 30.

¹⁶ FV, 100.

¹⁷ Juan Pablo II, *NMI*, 57

¹⁸ Cf. CIVCSVA, *Para vino nuevo odres nuevos. Del Concilio Vaticano II la vida consagrada y sus desafíos todavía abiertos*, Roma 2017.

¹⁹ Papa Francisco, *PV*, 21-22.

consagrado a Dios como nosotros²⁰, haya dicho: *"cuando llegué a la sede de Pedro encontré una vida consagrada recuperándose muy bien"*²¹.

Esta visión positiva del momento actual por el que atraviesa la vida consagrada la sintetiza muy bien Aquilino Bocos cuando escribe: *"A pesar de las flaquezas, tropiezos, infidelidades, errores y limitaciones, que se puedan decir de la vida consagrada son muchos los signos positivos de la presencia del Espíritu entre nosotros. Aún hay sol en las bardas, que diría Don Quijote. Son muchas las señales de salud espiritual, de madurez humana, de inquietud apostólica y de sintonía con las profundas preocupaciones de los hombres de nuestro tiempo"*²².

Teniendo en cuenta lo dicho, podemos ahora señalar algunos signos de esperanza de la vida consagrada hoy. Entre otros, estos son los que me parecen más significativos.

2.1. La fidelidad de la inmensa mayoría de los consagrados

Que debemos hablar de pecado, de infidelidad en la vida consagrada es cierto, como lo es en la Iglesia misma. Hablar de pedofilia en las filas de los consagrados, de abuso de autoridad, de abandonos, todo ello es cierto y es necesario decirlo. Pensar que esas tristes realidades se dan generalizadas entre los consagrados, es sencillamente falso.

Que lo digan los cientos de consagrados que día a día, en los claustros de los monasterios o en el "claustro" del mundo dan la vida por Cristo y por los demás: en las escuelas, hospitales, obras sociales, parroquias..., allí donde el hombre y la mujer de hoy sufren y gozan. Que lo digan los mártires en las filas de consagrados que cada año se suman a la lista cada vez más larga de hombres y mujeres que han sido perseguidos por su fidelidad a Cristo y por su servicio a los más necesitados. Que lo digan los cientos de religiosos, particularmente religiosas, que están en las "fronteras" existenciales. Que lo digan los cientos de consagrados que "respiran" y transmiten energía y amor, generosidad y altruismo, vitalidad y belleza. Acertadamente vuelve a escribir Aquilino Bocos: *"Pocas veces ha estado la vida religiosa tan atenta a las llamadas de Dios en la historia como en el momento presente. Pocas veces ha estado tan despierta y vigilante [...] En su conjunto, es luz que alumbra y hace pensar que no solo goza de legitimidad humana y eclesial, sino que tiene capacidad de ofrecerse como referencia inequívoca del Reino"*²³.

Sí, en la vida consagrada de hoy, como en la de ayer, hay mucha fidelidad y mucha santidad. Santidad muchas veces heroica, como la de los mártires que, a través de su martirio, dan testimonio de un amor sin límites a Jesús y a los hermanos, también a los que los matan a través del perdón. Personalmente estoy convencido que mientras en la vida consagrada haya mártires, hay un presente significativo y un futuro esperanzador. Santidad muchas veces callada y silenciosa, la *"de la puerta de al lado"*, en palabras del Papa

²⁰ Papa Francisco, *Carta apostólica a todos los consagrados*, (=CtC), Roma 2014, presentación.

²¹ Papa Francisco, *La fuerza de la vocación. Una conversación con Fernando Prado*, Public. Claretianas, 2018 (= PV), 34.

²² Bocos, A., *Caminando hacia la autora. Reorganización de estructuras en la vida consagrada*, en *Frontera Hegian*, n. 70, pg. 44-45.

²³ Bocos, A., o.ct. 45.

Francisco²⁴, como la que se respira en los monasterios en los que tantas mujeres y hombres no cesan de sostener a los miembros débiles de la Iglesia²⁵; hombres y mujeres que asumiendo libremente y con gran alegría la "clausura", con lo que ello comporta de límites de espacio y de relaciones, son para el mundo "faros", "antorchas", y "centinelas"²⁶. Santidad "de la puerta de al lado" como la que se vive en nuestras comunidades apostólicas, asumiendo con gran generosidad a los hermanos y hermanas como don del Señor ¡Cuánta fidelidad y santidad hoy en la vida consagrada!

2.2. El trabajo sin descanso para dar a la vida consagrada mayor significatividad evangélica

Son muchos los consagrados, y me atrevería a afirmar sin temor a equivocarme que son la gran mayoría, los que están haciendo enormes esfuerzos por hacer de sus presencias verdaderas profecías que gritan al mundo el Absoluto de Dios, con claras opciones por los pobres y cuantos sufren las consecuencias de la "cultura del rechazo".

En este sentido cabe resaltar la presencia de tantos religiosos y religiosas, consagrados, que habitan las periferias existenciales y, aunque tal vez en menor medida, las del pensamiento. Religiosos y religiosas que practican la espiritualidad del buen samaritano: acercarse a todo aquel que yace herido a la vera del camino, curarlo... (cf. *Lc* 10, 25-37).

Son muchos los consagrados y consagradas los que, en fidelidad creativa a su vocación, viven la espiritualidad de la comunión y de la hospitalidad que los lleva a abrirse al "otro", al diverso; que viven la "mística del encuentro" con los hermanos y las hermanas de la propia comunidad, con los cercanos y los lejanos de la Iglesia y de la fe.

A pesar de lo que ello comporta, son muchos entre los consagrados los que apuestan por la "fidelidad creativa"²⁷. Son muchos los que claman y trabajan por recuperar lo esencial y originario desde la condición de seguidores de Jesús; son muchos los que han asimilado la gracia carismática que se refleja en la vida interna de los miembros de un Instituto, en su formación, en el gobierno y en el apostolado. Son muchos los que están comprometidos seriamente en dar respuestas a los signos de los tiempos y lugares. Son muchos los jóvenes que siguen soñando y ancianos que siguen profetizando (*Joel* 2, 26; *Hch* 2m 17); son muchos los que no se cansan de avivar el fuego que se esconde bajo las cenizas que parecen retener la vida; son muchos los que acogen gozosamente el mandato de *primerear*, y, sabiendo que "la vida consagrada es como el agua: estancada se pudre"²⁸, no se dan tregua en escavar "pozos" de agua viva que calmen la sed de plenitud (cf. *Jn* 4, 1ss); son muchos los que buscan incesantemente nuevos caminos a recorrer, nuevos surcos en los que enterrar la semilla fértil del carisma para que se mantenga siempre joven y brille con nueva significatividad evangélica.

²⁴ Papa Francisco, *GE*, Roma 2018, , 6.

²⁵ Papa Francisco, Constitución Apostólica, *Vultum Deum quaerere*, Roma 29 de junio de 2016, I, 5.6.

²⁶ *Idem*, I, 6.

²⁷ Cf. *VC*, 37.

²⁸ *FV*, 45.

2.3. El largo camino recorrido en el campo de la formación

Esa nueva significatividad evangélica de la vida consagrada tiene mucho que ver con la formación. Así lo han entendido la mayor parte de los Institutos de vida consagrada por lo que no dudamos en decir que en este campo es donde tal vez más se ha caminado y más signos de esperanza se nos presentan.

Este camino de esperanza se ha iniciado por el mismo concepto de formación. Ésta ya no consiste en entrar en una “forma” marcada por la simple observancia, o una “forma” impuesta por la institución, sino en la “*progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre*”²⁹.

Esta concepción es realmente revolucionaria. Hablar de la formación como *proceso* ha llevado a muchos Institutos a cuestionarse sobre la formación permanente, colocándola como “humus” de la formación inicial.

Hablar de formación de *sentimientos* quiere decir que la formación ya no puede ser epidérmica, a nivel de solo comportamientos, sino que ha de tocar los cuatro centros vitales de la persona: el corazón, la mente, las manos y los pies, es decir toda la persona. La formación deberá expresar “la característica de la totalidad”, deberá formar toda la persona, “*en cada aspecto de su individualidad, en las intenciones y en los gestos exteriores*”³⁰. Como consecuencia la formación se presenta como un verdadero “arte”, como un proceso “artesanal”, como nos lo recuerda a menudo el Papa Francisco³¹. En este sentido no se puede olvidar que la formación es, en último análisis, la *transformación* de la persona en Cristo, la *conformación* con la persona del Señor Jesús³².

Hablar de formación de los *sentimientos* significa formar la *sensibilidad*, prestando particular atención a mantener siempre una mirada unitaria e integral sobre la persona: a la vida de relación (sensibilidad relacional), de fe (sensibilidad creyente), a la búsqueda de la verdad (sensibilidad intelectual), al gusto por la belleza (sensibilidad estética), a la sensibilidad de discernir el bien del mal (sensibilidad moral). Una sensibilidad influye sobre otra, ayudando a la persona a construir la propia unidad de vida, en torno a un único amor, un único Dios, una única pasión de vida, en la acción y en la contemplación. Cada vez crece más la convicción que se debe formar para la unidad de vida en torno al carisma³³.

A Dios gracias, son muchos los que optan por un modelo de integración que mira a la formación de personas consistentes e íntegras, gracias a una propuesta completa (*integral*) de formación a nivel de contenidos, que busca integrar entre ellas la dimensión humana, creyente, ministerial. Son muchos los que hoy en día tienen claro cuando afirma el Papa Francisco: “**La formación tiene que abarcar las dimensiones importantes de la**

²⁹ VC, 65.

³⁰ VC, 65.

³¹ FV, 75.

³² Cf. VC, 65.

³³ Cf. Goya, B., *Formación integral a la vida consagrada. A la luz de la exhortación postsinodal*, San Pablo, Madrid 1998, 72- 74.

persona”; y también: *“La formación tiene que estar basada sobre cuatro pilares: la vida espiritual, la vida comunitaria, la vida de estudio y la vida apostólica...”*³⁴.

Hablar de formación de *sentimientos* es hablar de una formación personalizada, que respete el crecimiento de cada persona, rechazando toda tentación de masificación; significa que la persona crezca en *sensibilidad* a la luz de *su propia identidad y de su verdad*, en cuanto persona, de forma que se evite cualquier moralismo o voluntarismo que muy a menudo terminan haciendo que las personas se vuelvan obsesivas de perfección, escrupulosas, deprimidas o con sentido de culpa. Solo una formación personalizada puede ofrecer *“la oportunidad de crecer en la adhesión al carisma y a la misión del propio instituto”*³⁵, en libertad y responsabilidad.

Hablar de *formación de sentimientos* significa también poner la persona del formando en el centro de todo proceso formativo, significa asumir que el formando, junto con la Trinidad, es el verdadero protagonista de su formación. En este contexto es necesario recalcar que el formador es simplemente un “cultivador”³⁶, un “mediador”³⁷.

Hablar de *sentimientos de Cristo* significa que la formación no culmina con una determinada etapa (profesión perpetua u ordenación sacerdotal), sino que es permanente, continua, que dura toda la vida, y que solo se completará cuando le *“veremos tal cual es”* (cf. *Jn 3, 1-3*). Significa también que el Padre es el verdadero modelo de formación, y Cristo el verdadero formador gracias a la acción del Espíritu Santo³⁸.

Todo esto hace que las mediaciones formativas: formador y comunidad formativa, lo son en la medida en que se consideran ellas mismas en formación. También significa que, como ya afirmaba san Juan Pablo II³⁹, la conciencia de encontrarse en formación toda la vida es un criterio de discernimiento vocacional en todo candidato.

De todo ello se está tomando cada día una mayor conciencia, aunque no faltan todavía los que confunden formación con adoctrinamiento o simplemente prestan atención a un dimensión de la existencia. Ello puede dar origen a una formación “de monstruos”, como también nos recuerda el Papa Francisco: *“No se trata de aprender un oficio, sino de llevar a Cristo en el corazón para poderlo ofrecer sin reservas a los demás, especialmente a quienes más lo necesitan. Tenemos que formar sus corazones, de lo contrario creamos pequeños monstruos. Y después, estos pequeños monstruos [...] De lo que se trata es de formar corazones tiernos y no ácidos, como el vinagre”*⁴⁰.

2.4. La multiculturalidad e internacionalización de la vida consagrada.

Es éste un aspecto que ya no tiene vuelta de hoja. Ya no hay un tipo de vida consagrada que ha de imponerse, como podría ser el occidental. La vida consagrada, como por otra parte el rostro mismo de la Iglesia, es internacional y multicultural. Pienso, por

³⁴ FV, 78.

³⁵ VC, 65.

³⁶ Cencini, A., *I sentimenti del figlio. Il cammino formativo nella vita consacrata*, EDB, 1998, 42- 51.

³⁷ Cf. Goya, B. O.c. 192-211.

³⁸ Cf. Cencini, A., O.c. 41.

³⁹ Cf. VC, 65.

⁴⁰ Papa Francisco, *Encuentro con los superiores generales (UISG)*, 29 de noviembre de 2013.

ejemplo, en USA o en Francia, donde cada vez se ve más claro el cambio de rostro de la vida consagrada, pero también se puede ver ya en España.

Y lo que tal vez empezó por una necesidad —la falta de vocaciones en occidente y el aumento de vocaciones en Asia o África—, hoy se ve en muchos Institutos, como una *“buena noticia que se vive con alegría”*⁴¹, de tal modo que bien podemos decir que multiculturalidad e internacionalización es una gracia, un don que se convierte en proyecto de vida, y que nos hace capaces de asumir y superar las fatigas, las renunciaciones, las tensiones y los desafíos que de ella se derivan. De este modo la multiculturalidad y la internacionalización alimentan la *coexistencia* armoniosa entre las diversas culturas, vivida en el reconocimiento de las diversidades y en el diálogo que se transforman en comunión; en comunión de vida y no solo en vida en común.

Todo ello nos ha llevado a superar la concepción que el “centro” o lugar de origen de los carismas (muchos de ellos nacieron en Europa y no pocos en España) sea el modelo de vida y expresión del carisma que se debe reproducir e imitar en cualquier parte del mundo, confundiendo *perseverancia*, propia de quien permanece repitiéndose, y *fidelidad*, la de quienes permanecen remotivando sus propias decisiones.

Debido a esta superación asistimos a la tendencia a valorizar los aportes de cada cultura en la vivencia del carisma. Esto está llevando a la vida consagrada a traducir el propio carisma en *lenguas y dialectos locales*, lo que supone acoger aspectos nuevos e inéditos que ciertamente enriquecen el carisma. Esto que vale hablando de la inculturación del carisma en culturas diversas, vale también para la inculturación del carisma en sociedades secularizadas como la nuestra. Urge aprender otras “lenguas” diversas de las que hablábamos hasta ahora, que respondan a otras culturas y a la cultura del hombre y mujer de hoy. Solo así haremos percibir y gustar el carisma por aquellos a los que queremos que llegue. Así lo están entendiendo muchos consagrados y muchos institutos. Es ciertamente una forma de revitalizar los carismas y de actualizarlos.

En esta multiculturalidad y “traducción” de los carismas en lenguas y dialectos locales, de tal forma que sean significativos en culturas diversas y también para una cultura secularizada, veo una dimensión profética de nuestra vida, en cuanto la vida consagrada, en su pequeñez, está indicando lo que será la Iglesia del mañana o la sociedad del futuro o, tal vez mejor, lo que ya son.

2.5. Una vida consagrada alternativa y profética, intercongregacional e interinstitucional⁴²

Hoy se ha tomado conciencia de que lo distintivo de la vida consagrada, al cual no puede renunciar si quiere seguir siendo significativa en el mundo de hoy, es la profecía⁴³ y, en cuanto tal, no puede dejar de apostar por ser una propuesta alternativa. La vida consagrada profética podrá decir una palabra fuerte no solo al mundo sino también a la

⁴¹ FV, 40.

⁴² Es una expresión tomada del Instrumento de trabajo del Sínodo de los Obispos para la Amazonia, 129.

⁴³ CtC, II, 2.

Iglesia. Esto quiere decir, entre otras cosas, que la vida consagrada ha tomado conciencia que no puede caer en la trampa de la mediocridad y la mundanidad. Éstas son incompatibles con la profecía, son incompatibles con la misión que le dio el Papa Francisco a la vida consagrada: *despertar al mundo*⁴⁴.

Además de caminar contra corriente que es lo que marca la vida profética así como aparece en la Biblia, la vida consagrada está comprometida en observar la historia en que vive e interpretar los acontecimientos. La profecía tiene sabor a valentía en la lectura del presente, y precisamente por ello tiene sabor también de futuro. La vida consagrada es consciente de su vocación a ser “centinela” (cf. *Is* 21, 11-12), lo que exige del consagrado “*observar la historia en la que vive e interpretar los acontecimientos [...] discernir y también denunciar el mal del pecado y las injusticias*”, permanecer siempre libre, pues “*no tiene otros intereses sino los de Dios*”, sabiendo que “*no debe rendir cuentas a más amor que a Dios*”⁴⁵.

Una dimensión importante por la que pasa la dimensión profética de la vida consagrada es la intercongregacionalidad. La vida consagrada está llamada a trabajar en “red”, en comunión con los otros Institutos, a salir con valentía de los confines del propio Instituto, a caminar con los otros. Hoy se multiplican, particularmente en las periferias existenciales, las presencias intercongregacionales. Frente a la autorreferencialidad, que permanece siempre una tentación, gana terreno, cada vez con mayor fuerza, la convicción que “*nadie construye el futuro aislándose, ni solo con las propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua*”⁴⁶.

Otra indicación de una vida consagrada profética es la disponibilidad de estar allí donde los otros no quieren estar y estar con quien ninguno quiere estar. Esta es un aspecto irrenunciable de la profecía de la vida consagrada que la hará creíble.

2.6. Nacimiento de las “familias carismáticas”

Este nacimiento o florecimiento de las “familias carismáticas” o de “familias evangélicas”⁴⁷, ofrece a los laicos que lo deseen el poder compartir un carisma en su propia vida secular, en la profesión, en la familia, en las relaciones de cada día, agregándose, con distintas modalidades de pertenencia al Instituto titular y primer responsable del carisma⁴⁸, para que sirva a toda la Iglesia.

⁴⁴ CtC, II, 2.

⁴⁵ CtC, II, 2.

⁴⁶ CtC, II, 2.

⁴⁷ Esta denominación se usa principalmente en Francia, con el intento de unificar las dos realidades, la de los consagrados a través de los consejos evangélicos y los laicos, que pueden vincularse con promesas o votos privados; cf. DELIZY, B., *Vers des familles evangelique. Le renouveau des relations entre Chrétiens et Congregations*, Editions Ouvrières, Paris 2007, 291-294.

⁴⁸ Los laicos nunca podrán tener la misma responsabilidad hacia el carisma que los miembros “pleno iure” de un Instituto.

La característica de las “familias carismáticas” es que al interno de ellas se generan diversos modos de vivir un determinado carisma, diversos grados de pertenencia a un Instituto, y diversas formas de colaboración en las obras del mismo Instituto.

La diferencia entre una “familia carismática” y las terceras órdenes de un tiempo, y el mismo voluntariado, es que en la familia carismática el laico es intérprete de un carisma desde el punto de vista que le pertenece, el propio de un laico, que por su misma condición de vida ve y vive la vida de un modo diverso del consagrado y por lo tanto puede intuir y apreciar aspectos diversos y originales a los oficiales del Instituto. De este modo, la “lectura” del carisma que hace un laico puede ser complementario a la “lectura” que del mismo carisma hace un religioso.

En este sentido, el nacimiento o florecimiento de las “familias carismáticas” pueden ser de gran utilidad para la vida y misión de los Institutos, pues la interpretación del carisma por parte de los laicos puede ser iluminador y enriquecedor en relación con la interpretación dada por los religiosos/as.

El modo concreto para realizar la “familia carismática” depende del derecho propio, en cualquier caso se debe “poner mucho cuidado que la adhesión [de los laicos] se efectúe siempre respetando el carisma y la disciplina del propio Instituto”⁴⁹. Lo importante es que se eviten confusiones y ambigüedades. Para ello es importante que en el “consejo de la familia” se establezcan criterios claros de representatividad, así como los objetivos a alcanzar para que la vida y la obra/s de un Instituto sea/n cada vez más significativa evangélicamente; se determine si “familia carismática” es solo una noción moral o también jurídica; y sea claro que la responsabilidad principal del “cuidado” de la fidelidad al propio carisma es de quien ha profesado la regla de vida del propio Instituto con votos reconocidos por la Iglesia⁵⁰.

2.7. La centralidad de la misión en la vida consagrada

Los años del postconcilio nos han ayudado a descubrir la misión como elemento constitutivo de la vida consagrada, junto con la consagración y la vida fraterna en comunidad. La misión es la que nos hace caminar en la presencia del Señor. Por ello es fundamental poner la misión como eje central y articulador de la vida consagrada: su formación, su espiritualidad, su gobierno, y la misma economía; el eje en torno al cual giran todos los elementos de renovación de la vida consagrada. Este convencimiento es lo que lleva al Papa Francisco a afirmar que nosotros *somos misión*.

Por ello, la misión no se ha de confundir con las actividades apostólicas. Como en el caso de Jesús, también en los consagrados la misión es *servitium caritatis*, un servicio que “*en nosotros se hace testimonio, liturgia, profecía y servicio*”⁵¹, sin excluir, por supuesto, las más variadas funciones, tales como: trabajos pastorales, evangelización, obras asistenciales, tareas educativas, compromisos por la justicia, la paz y la salvaguardia de la creación, los

⁴⁹ Cf. VC, 56.

⁵⁰ La Pegna, S., *Il rapporto fra i consacrati e laici nella vita religiosa*, Dehoniane, Bologna, 2008, particularmente las páginas 151- 159. El citado libro intenta aclarar los aspectos teológicos y canónicos que llevan consigo las relaciones institucionalizadas entre consagrados y laicos.

⁵¹ Bocos, A., *O.C.T.* 70.

derechos humanos... Por este motivo bien podemos decir que la misión de la vida consagrada es sencillamente ser vida consagrada. No puede ser de otro modo si tenemos presente que la vida consagrada se caracteriza sobre todo por su ser, por su naturaleza carismática. Desde esta perspectiva, las tareas o funciones son secundarias, aunque ciertamente necesarias, según el sabio aforismo escolástico: *el actuar sigue al ser*. La misión testimonial es irrenunciable para la vida consagrada.

Tal concepción de la misión evitaría caer en el activismo y en el simple funcionalismo y ayudará a reencontrar la verdadera entraña carismática. Este es el camino que están haciendo tantos Institutos.

Para responder a las exigencias de la misión tal como la hemos descrito hace falta inventiva y creatividad. La misión es para hombres y mujeres creativos; hombres y mujeres que saben soñar, que rompen moldes y atraviesan fronteras, porque les apremia el amor de Cristo (2Co 5, 14). Es urgente avivar la imaginación misionera, fruto de la búsqueda del Espíritu, en contraposición con la lógica marcada por el poder y la racionalidad.

En estrecha relación con la misión están las estructuras. Ya no queda nadie o casi nadie que no esté convencido de la necesidad de revisar las estructuras para ponerlas al servicio de la misión. Son muchos los consagrados los que se preguntan: ¿Las estructuras que tenemos están al servicio o no de la misión del Instituto? La revisión de estructuras *“surge desde un deseo de autenticidad evangélica y un anhelo de responder a las necesidades que la sociedad descuida, a las grandes pobrezas que son más irritantes y a los lugares que están más desprovistos de ayuda”*⁵². En este sentido, por necesidad o virtud, se ha hecho y se está haciendo un gran trabajo.

Hoy, sin embargo, ya no basta con revisar, es necesario ir hacia la innovación estructural. Ésta, además de provocar cambios, como puede hacer la revisión de estructuras, mira también hacia el futuro. La innovación va más allá del retoque ya que busca mística, pasión y creatividad. Innovación es entrar en la onda de los fundadores, en su ímpetu profético. La innovación supone una *“gestión planificada en los tiempos y medios. Requiere contar con todos y que cada uno aporte lo mejor que posee”*. La innovación no es fruto del esfuerzo de uno, sino de la involucración de todos. No se completa de la noche a la mañana, pero se refuerza en el día a día. La innovación es urgente en este momento de precariedad.

2.8. De una concepción piramidal de la comunidad a una comunidad de hermanos

Este éxodo hace que todos y no solo los superiores cuiden de los demás de forma adulta propiciando su crecimiento y que todos juntos busquen a Dios en el compartir los bienes materiales y espirituales, en la obediencia recíproca, en el servicio, en el perdón, en la corrección fraterna, en la elaboración del proyecto comunitario, en la revisión de vida...

⁵² Bocos, A., O.C.T. 80.

El testimonio más convincente del paso de una comunidad piramidal a una fraternidad es la alegría de vivir juntos, y el sueño final el de la santidad comunitaria y no solo individual.

En la vida consagrada son muchos los que hoy trabajan por dar ese paso y largo es el camino recorrido, aun constatando la dificultad del pasar de la mente de una cierta ascética de la vida común, *mea maxima poenitentia*, al “cómo es bello y dulce que los hermanos estén juntos” (Sal 133, 1), sin caer en la poesía y el romanticismo.

Muchos son los signos de ese éxodo. Señalo solo algunos que me parecen significativos.

- Paso de la relación a la fraternidad. Esto implica la superación de todo egoísmo, tan enraizado en el corazón humano.
- Que la fraternidad sea escuela de formación permanente, pensada ésta como la acogida de la acción del Padre que intenta plasmar en nosotros la imagen de su Hijo.
- Pasar del “hacer el bien” a “quererse bien”; lo que implica, pasar de la simple observancia a la comunión.
- Compartir la historia personal y la propia fe.
- Una comunidad/fraternidad que acepte el modelo familiar en su estructura y en sus relaciones.
- Apertura a los laicos, de tal modo que podamos restituir a la Iglesia y al mundo lo que hemos recibido para la Iglesia y para el mundo: nuestros carismas.
- Santidad comunitaria y proyección misionera.
- Culto de la espiritualidad y de la acogida.
- Comunidades vocacionales.

3.- Para concluir

Crisis, invierno, noche oscura, ocaso, son todas imágenes que se repiten cuando hablamos de vida consagrada y que yo comparto plenamente a condición que no nos quedemos solo en los aspectos negativos que puedan sugerir.

Estoy de acuerdo en decir que la vida consagrada está en *crisis* en cuanto que, como indica la etimología de la palabra, hemos llegado a un momento en el que hemos de tomar decisiones. Si estas son las adecuadas, la crisis será de crecimiento, si no lo son, la crisis puede ser de muerte.

Estoy de acuerdo en afirmar que la vida consagrada está pasando la estación del *invierno*, sabiendo, como lo saben bien los agricultores, que el invierno es la estación en la que la

naturaleza trabaja a nivel de raíces. Y si un árbol tiene sanas las raíces, al invierno, más allá de la muerte aparente, seguirá la primavera y volverán las hojas, las flores y los frutos.

Estoy de acuerdo con la imagen de la *noche oscura* referida a la vida consagrada, sabiendo que, como nos enseñan los místicos, la *noche oscura* es momento de prueba, de podadura, de la cual la persona sale reforzada, como la vida consagrada saldrá reforzada en su significatividad evangélica, como nos enseña también la experiencia del campo: sin poda el árbol, más bien antes que después, se seca, la poda le ayuda a mantenerse joven, a condición que no se haga fuera de estación.

No me desagradaba tampoco la imagen del *ocaso* para el momento actual que vive la vida consagrada siempre y cuando no olvidemos la experiencia que vivimos todas las mañanas: tras el ocaso viene un nuevo día. Esta imagen, referida a la vida consagrada, nos está diciendo, como ha sucedido en los cambios epocales anteriores al nuestro, que asistimos a la muerte de una determinada forma de vida consagrada, pero no de la vida consagrada como tal. Ésta, como afirmó ya Benedicto XVI en el 2010 recibiendo a un grupo de obispos de Brasil, no puede desaparecer de la Iglesia.

Está claro que la vida consagrada se encuentra en una encrucijada, como la misma Iglesia, en la que no hay recetas mágicas. La única salida es el discernimiento hecho a la luz del Evangelio, del propio carisma y de los signos de los tiempos, con lucidez, llamando las cosas por su nombre, y audacia, sin miedo, pues él está con nosotros para defendernos (cf. Jr 1, 7).

Y ya para terminar quiero citar unas palabras pronunciadas en el 1970 por el entonces teólogo Joseph Ratzinger, cuando no era todavía obispo. En su obra *"Glaube und Zukunft"* (fe y futuro), respondiendo a la pregunta: ¿Cómo será la Iglesia del año 2000?, afirma:

"El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven en la plenitud pura de la fe.

El futuro no vendrá de quienes solo dan recetas. No vendrá solo de quienes se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes solo critican a los demás y se toman a sí mismo como medida infalible. Tampoco vendrá de quienes eligen solo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe y declaran falso y superado [...] todo lo que es exigente para el ser humano, lo que causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo.

Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos. Y, por tanto, por seres humanos que perciben más allá de las frases que son precisamente modernas. Por quienes pueden ver más que los otros, porque su vida abarca espacios más amplios [...] ¿Qué significa para nuestra pregunta? Significa que las grandes palabras de quienes nos profetizan una Iglesia sin Dios y sin fe son palabras vanas. No necesitamos una Iglesia que celebre el culto de la acción en "oraciones" políticas [...] Permanecerá la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia que cree en el Dios que se ha hecho ser humano y que nos promete la vida más allá de la muerte. De la misma manera que el sacerdote que solo sea un funcionario social puede ser reemplazado por psicoterapeutas y otros especialistas. Pero seguirá siendo necesario un

sacerdote que no es especialista [...] que se pone a disposición de los demás y se entrega a ellos.

También en esta ocasión, de la crisis de hoy surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio. Ya no podrá llenar muchos edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ellos muchos privilegios en la sociedad. Se presentará, de un modo mucho más intenso que ahora, como la comunidad de la libre voluntad, a la que solo se puede acceder a través de una decisión. Como pequeña comunidad, reclamará con mucha más fuerza la iniciativa de cada uno de sus miembros [...]

En estos cambios que se pueden suponer, la Iglesia encontrará de nuevo y con toda la determinación lo que es esencial para ella, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la ayuda del Espíritu que durará hasta el fin. La Iglesia reconocerá de nuevo en la fe y en la oración su verdadero centro y experimentará nuevamente los sacramentos como celebración y no como un problema de estructura litúrgica.

Será una Iglesia interiorizada que no suspira por mandato político y no flirtea con la izquierda ni con la derecha. Le resultará muy difícil. El efecto de cristalización y la clarificación le costará también muchas fuerzas preciosas. La hará pobre, la convertirá en una Iglesia de los pequeños [...] Tras la prueba de las divisiones surgirá, de una Iglesia interiorizada y simplificada, una gran fuerza [...]

A mí me parece seguro que a la Iglesia le aguardan tiempos difíciles. Su verdadera crisis apenas ha comenzado todavía. Hay que contar con fuertes sacudidas. Pero yo estoy también totalmente seguro de lo que permanecerá al final: no la Iglesia del culto político, que fracasó con Gobel, sino la Iglesia de la fe. Ciertamente ya no será más la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo era hasta hace poco tiempo. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da la vida y esperanza más allá de la muerte”.

Las palabras del joven sacerdote Joseph Ratzinger son de plena actualidad no solo para la Iglesia, sino también para la vida consagrada. Esto es lo que nos espera: tiempos difíciles, marcados por una disminución significativa en miembros y en obras, pero seguramente también una vida consagrada más enraizada en lo esencial: la fe, el Evangelio, Jesucristo.

Vida consagrada: iletántate, come y camina! El camino es largo.